



## MODERNIDAD Y ANTIMODERNIDAD: EL NAZISMO Y SU IDEOLOGÍA

Mario Fabregat Peredo<sup>1</sup>

### RESUMEN:

*El tema que trataremos en este artículo es el del totalitarismo desde la perspectiva del nazismo y su choque valórico e ideológico con los sustentos filosóficos de la modernidad. El tema parece en algunos momentos estar desgastado, ser anacrónico, es más, haber sido superado por las circunstancias históricas y la modernidad. Pero, lamentablemente el peligro de la reedición totalitaria está siempre presente, ya que existe como potencialidad. Es decir, independiente de su derrota temporal el sistema totalitario ya es parte de la modernidad al ingresar a su "catálogo" de posibilidades y como tal aún está vivo.*

*La pregunta que habrá que hacerse es por qué la modernidad ha creado su monstruo; puesto que el nazismo es la antinomia de lo que entendemos por modernidad.*

**Palabras claves:** Totalitarismo, modernismo, nazismo, ideología, pluralismo.

### ABSTRACT:

*MODERNITY AND ANTI-MODERNITY:  
NAZISM AND ITS IDEOLOGY*

*The topic treated in this article deals with totalitarianism from the perspective of nazism and its valuable and ideological crash against the philosophical sustenance of modernity. The issue seems at times to be worn away, to be anachronistic; even more to have been overcome by historical circumstances and modernity. But, unfortunately, the danger of a totalitarian reissue is always present since it potentially exists. That is to say that, independently from its temporary defeat, the totalitarian system is now part of modernity through its inclusion in the register of possibilities, and, as such, it is still alive.*

*The question to make is why modernity has created its monster, since nazism is the antinomy of what we understand by modernity.*

**Key words:** Totalitarianism, modernism, nazism, ideology, pluralism.

"Es muy difícil realizar un análisis racional del fenómeno del nazismo. Bajo la dirección de un líder que hablaba en tono apocalíptico de conceptos tales como el poder o la destrucción del mundo, y de un régimen sustentado en la repulsiva ideología del odio racial, uno de los países cultural y económicamente más avanzados de Europa planificó la guerra, desencadenó una conflagración mundial que se cobró las vidas de casi cincuenta millones de personas y perpetró atrocidades —que culminaron en el asesinato masivo y mecanizado de millones de judíos— de una naturaleza y una escala que desafían los límites de la imaginación. La capacidad del historiador resulta insuficiente cuando trata de explicar lo ocurrido en Auschwitz".

(Hobsbawm, Eric, 1995, p. 116)

**L**a llegada de Hitler al poder es el inicio de una historia conocida, muchas veces repetida y analizada desde variadas perspectivas. Sin embargo, lo que pretendemos aquí es desenmarañar de alguna manera el tejido ideológico del nazismo y descubrir si es que realmente estaba dentro de sus planes la formación de un nuevo hombre, pues por mucho que

<sup>1</sup> Fabregat Peredo, Mario, Departamento de Historia y Geografía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

repetieran que se iniciaba una nueva historia, su ideología no tenía claridad en cuanto a los sustentos filosóficos –pues en la acción se resumía su esencia–, las estructuras sociopolíticas a crear y los caminos a seguir en lo aparentemente nuevo. Sólo se habla insistentemente del papel racial germano, partiendo de la premisa que entendía a los que no eran germanos como humanamente inferiores. El nuevo hombre proclamado, el ario, el más bello e inteligente, el formador de cultura, el que jamás había sido esclavo, el que traía una nueva moral, nuevos valores, el más aristocrático de los hombres, el que tenía por vocación la acción, el que venía a sepultar la filosofía ilustrada, en fin, el que venía a dominar la tierra, tenía en sí una serie de contradicciones y afirmaba una pobre filosofía de la historia. La perspectiva era únicamente la del movimiento y la destrucción de la civilización, pero no queda claro –entre otras cosas porque el nazismo fue de muy corta duración– a qué se quería llegar aparte de la dominación.

La llegada a un lugar de construcción pareciera estar ausente de los intereses del partido nazi consumiéndose en grandilocuentes discursos y escenificaciones monumentales. La *Weltanschauung* (cosmovisión) se asume como fortaleza y energía para estar siempre actuante, donde el impulso, la emotividad y la irracionalidad cobran valor por sí mismos. Lo anterior tuvo cabida dentro de un contexto histórico y anímico que fue terreno fértil para el desarrollo de esta ideología: “*El doble agotamiento de la sociedad tradicional y del pensamiento racionalista y clásico provocó un movimiento masivo de defensa de la identidad colectiva, que acompañó el auge del nacionalismo y culminó en la claridad enceguecedora del nazismo, que definió a la mujer para someterla al hombre, al judío para exterminarlo, a la nación para proclamar la superioridad de la raza y de la nación alemanas*”. (Touraine, Alain, 1992, p. 134)

La ideología se apoya en los hechos y se alimenta de ellos, como si hubiese una falta de contenido y éste se buscara en el día a día de la acción. Más que la ideología en sí, es decir, más que la idea, (aunque se señale que Hitler la llevó a un extremo) es el movimiento, la compulsividad del movimiento, la necesidad vital e imperiosa de no estar sujeto, inmóvil. Cualquier cosa menos el inmovilismo, aunque este movimiento sea absolutamente descabellado e irracional.

En definitiva: “*La concepción del mundo del nazismo se funda en el supuesto de la irracionalidad de la naturaleza humana. La acción humana, y la voluntad humana en general, está guiada por los instintos, la intuición y los sentimientos. La voluntad tiene su fin en sí misma y logra sus propósitos de manera más adecuada cuando la razón no interviene*”. (Barbu, Zebedei, 1962, p. 136). De ahí su lucha contra los principios de la ilustración y los valores de la modernidad, por tanto, del individuo.

Otra arista de la realidad nazi corresponde al momento en que surge el partido y cuando llega al poder. Aquí podemos clarificar una situación con respecto al tema ideológico. Y es que cuando se llega al poder, en Alemania estalla la histeria colectiva y los discursos surgen como llamaradas desde lo más profundo del ser alemán. La sociedad encuentra en Hitler un agente catalizador que muestra el camino y la forma del desahogo.

A decir de algunos, Hitler, su política, su moral, sus valores, fueron representativos de los sentimientos sociales, convirtiéndose en un verdadero “altoparlante” de la nación. Y, evidentemente que la situación política y social de Alemania fue caldo de cultivo para el nazismo, que, rápidamente, se convirtió en una gran fuerza política en un país dominado por la sensación de caos y desintegración que se manifestaba principalmente por medio de un

sentimiento de apatía generalizada. Era el reinado del sin-sentido después de haber experimentado la vergüenza, la derrota y el hambre. “*Arendt, describe dicho estado en la sociedad alemana como Meinungschaos*”. (Barbu, p. 141)

De ahí que una de las primeras metas del partido y su ideología fuera buscar la unidad del grupo, apelando a cualquier vínculo emocional con tal de lograrlo: la raza, los mitos, la música, el arte, la Madre Patria, el Führer, todo aquello que acercara los sentimientos de unión con el pasado, que potenciara las fuerzas nacionales, apelando a un romanticismo al estilo *Sturm und Drang* (tempestad y empuje) de los poetas alemanes del siglo XVIII. De ahí también la necesidad de crear nuevos conceptos morales que apoyaran las acciones que a la luz de los principios de la modernidad caían dentro de la inmoralidad. Esta suerte de inversión de valores servía, al mismo tiempo, para justificar prácticas y para dar sentido a una realidad que se presentaba vacía y sin valores claros. Los nuevos venían a llenar un espacio y a construir justificaciones.

Al parecer, la única manera de combatir el caos era la acción intensa e incluso desmedida. Hitler siempre aludía a planes de dimensiones gigantescas, haciendo gala de su megalomanía extrema. “*Grande significa, en este caso, algo ‘absoluto’, algo imposible de definir dentro de una concepción clara de la historia o de cierta escala de valores; de hecho, se trata de una categoría puramente psicológica y, como tal, sólo cabe definirla por el sentimiento de ‘lo extraordinario’, ‘lo nunca oído’, lo que quita el aliento...*”. (Barbu, Zevedei, 1962, p. 142)

La vida, la muerte, la política, la fuerza, la energía, la voluntad, la razón, son algunos de los conceptos que, a partir de la nueva *Weltanschauung*, cobran un significado distinto. Todos estos conceptos están traspasados por un sentimiento místico que los transforma. Por ejemplo, en el caso de la vida y la muerte, éstas dejan de ser el comienzo y el final en cuyo espacio se desarrolla la existencia humana. Ahora la vida y la muerte son lo único y lo absoluto, pues no hay nada entre ellas, ni antes ni después. La vida y la muerte en sí pasan a ser valores supremos, por ejemplo, la llamada *mystique* de la muerte que la ubica como un valor positivo, como el hermoso final de un acto heroico.

Por otro lado, la vida es tal si es vida germana, desconociendo su valor objetivo e incluso calificándola de indeseable si es vida —como ellos llamaban— enferma, llevando el concepto de lo patológico a lo ideológico al señalar arbitrariamente que una raza era portadora de una enfermedad mortal. Nace ahí una gran paradoja: matar se transforma en un acto de vida.

Todo este desahogo necesita de una ideología esencialmente ambigua y poco definida, pues como la irracionalidad es lo que impera, se requiere de una gran flexibilidad que permita maniobrar libremente. Es imperativo la negación de valores objetivos. Hitler, “*Habla del amor como ‘una competencia en la cual los alemanes más nazis merecían las alemanas convencionalmente mejor proporcionadas’; los niños son para él ‘material de conquista y colonización’; los valores morales son simples prejuicios*”. (Barbu, p. 142)

Toda esta prepotencia ideológica esconde gigantescos temores, donde el “no me importa” es, en verdad, “me importa mucho”; el “vive peligrosamente” es, en verdad, “ver en la realidad una amenaza constante”; la “raza inferior” es, en verdad, “ser incapaz de comprender

la realidad y la naturaleza del hombre y el ver a la misma Naturaleza como un lugar que encierra fuerzas oscuras y hostiles contra las cuales se es y se está absolutamente indefenso”.

La emotividad juega también en contra del nazismo: una más de sus contradicciones. No hay más justificación que el “lo queremos porque lo queremos”. *“La característica esencial de la acción humana en la pauta nazi de vida consiste en que no está orientada por valores. Su impulso se encuentra siempre profundamente enterrado en la estructura inconsciente de la mente, desde donde surge con la fuerza característica de la conducta compulsiva”*. (Barbu, p. 145)

El Estado totalitario que creó Hitler se apoyaba en una ideología que carecía de categorías axiológicas más allá de las que sustentaban las conquistas militares. Entonces, ¿dónde queda el nuevo hombre, la nueva sociedad? Al parecer, cubierto por una masa amorfa de acciones que conducen a dar respuestas rápidas a una realidad compleja, pero que necesariamente la reduce a expresiones básicas y significados superficiales. Comienza a desmoronarse pues, la construcción de un nuevo hombre y de una nueva sociedad. El nazismo busca construir una forma de escape, por eso es que carece de un proyecto creativo. Se reduce a la construcción de una especie de “solidaridad emocional”, huyendo de la libertad raudamente. Por tanto, lo que construye es una gran mentira, ya que en vez de unidad emocional anula la capacidad de diálogo y el resultado es un individuo que *“Cuando domina u odia, aniquila al otro; cuando se somete, se destruye a sí mismo”*. (Barbu, Zevedei, 1962, p. 174)

Barbu señala que el pueblo alemán actuó de manera sociopática y poseía individuos incapaces de adaptarse a una realidad que comporta cambios, incapaces de comprender, tornándoseles la realidad en un caos gigantesco, sobre todo cuando se vive bajo condiciones objetivas de crisis. De ahí que el nazismo tuviese una gran aceptación y sirviera de sustento a una catarsis masiva que buscaba descargarse contra el primero que se cruzara por delante. También se ha planteado en cuanto al antisemitismo siglos de condicionamiento a una idea, y que la sociedad alemana estaba saturada de un antisemitismo eliminacionista. Ello explica para algunos autores (Habermas, Arendt), la razón por la cual una parte considerable de la sociedad alemana participó por acción u omisión en el genocidio.

El tema de la sociedad alemana y del ser alemán da para otro análisis y otro trabajo, entendiéndose que el término sociopático es absolutamente discutible y rebatible, por lo que no profundizaremos en ese aspecto. Tal vez, sólo decir que el antisemitismo fue, en un momento, simplemente, la justificación más burda para la descarga emocional.

Lo que sí se puede señalar es que el nazismo como fuerza ideológica hizo surgir simpatías en el alemán ordinario, porque le permitió recobrar la dignidad perdida y sentirse parte de una nación que despertaba y salía de la oscuridad. El nazismo fue capaz de crear, no las condiciones, pero sí las formas, de una nueva realidad, que, sin embargo, carecía de objetivos sociales y, a pesar de ello, sirvió y tuvo una utilidad. No obstante, esta utilidad del nazismo degeneró en prácticas que se pueden resumir en aquella situación que permite que el hombre sencillo, que es decente mientras la sociedad está en orden, se vuelva loco cuando la sociedad se disloca.

No hay que perder de vista que la Alemania nazi logró moldear una férrea disciplina en una élite científica e intelectual, en una burocracia que se expandía cada vez más, y en un

importante sector de la masa poblacional; y no es totalmente cierto que los alemanes actuaron como simples instrumentos de un poder que no veían y que tejía sus redes desde la oscuridad. De hecho la llamada “solución final” –que algunos interpretan eufemísticamente como una simple forma administrativa de resolver el problema judío, pero que no implicaba el exterminio- se planificó a partir de motivaciones descabelladas pero por cerebros que funcionaban perfectamente bien químicamente. Se logró montar toda una organización que operaba jerárquicamente, compartimentadamente, y, lo más importante, eficazmente. La solución final se puso en marcha y funcionó porque se ejecutó científicamente. *“Nada más civilizado, más metódico y moderno que la solución final”*. (Finkelkraut, Alain, 1990, p. 60)

Si es que algo nuevo creó el nazismo no fue precisamente un “nuevo hombre” o una “nueva sociedad” sino que una “nueva muerte”, una nueva forma de crimen organizado, una espeluznante metodología que cambió para siempre el concepto de humanidad, que probó que todo es posible, que no hay barreras, y que el “todo” implica cualquier cosa y a cualquier costo.

Esta nueva muerte contó con la participación de gran cantidad de funcionarios, desde los clásicos burócratas de oficina hasta los verdugos. Todos por igual cumplían con el “deber”, se apegaban al reglamento, lo cual, lógicamente, les producía la satisfacción correspondiente del deber cumplido. Pero toda aquella irracionalidad se explica, nuevamente, en la medida que entendemos a una masa actuando, *“...en que los individuos son capaces como un material de fuerzas despersonalizadas, de acciones en extremo criminales o heroicas, de ilusiones comunes y de alucinaciones, de inconcebible ceguera. La masa no piensa y no quiere, sino que vive en imágenes y pasiones... En la masa se hunde el hombre y no se explica luego a sí mismo cómo fue posible que hubiera estado en el insignificante proceso del momento... Como miembro de la masa el individuo siente, se comporta y obra como no lo habría hecho nunca en razón de su individualidad y de su tradición histórica. Se ha vuelto un autómatas sin voluntad con acrecentada conciencia del poder. El escéptico se vuelve creyente; el honorable, un delincuente; el cobarde, un héroe”*. (Jaspers, Karl, 1963, p. 840)

Son esos ciudadanos correctos, educados, bien intencionados que colaboraron con el genocidio, quienes nos deben llamar la atención. Allí encontramos ciertos indicios de transformación, donde, como señalamos anteriormente, el matar se transforma en un acto de vida, por un lado por la misión histórica que ennoblece, y por otro, por la integración en una red social que aprueba el concepto de obediencia y servicio al Estado, muestra de la más alta dignidad. *“El deber cumplido y el profesionalismo son altamente mortíferos al olvidar las esenciales leyes de la humanidad”*. (Finkelkraut, p. 98)

El quiebre valórico e inversión del concepto de justicia implanta un “deber ser” que emana de convicciones irracionales y que es sumamente peligroso para el destino, no sólo de un pueblo, sino que de toda la humanidad al sentar una especie de precedente del terror que una determinada forma de Estado es capaz de asumir como suyo. Si fue posible una vez, si la línea del comportamiento humano se corrió hacia el lado del mal, entonces, un nuevo modo de actuar fue incorporado a la memoria de la humanidad. De allí ya no podrá salir nunca, está y estará siempre presente. Y el temor a la reedición tiene una justificación concreta y real, pues el nazismo fue capaz de crear una realidad nueva, sembró una semilla que aunque ahora no esté florecida, está en estado de latencia –como las semillas del desierto– esperando que una gota de agua, que una determinada evolución de un acontecimiento, haga despertar “las flores del mal”. *“Antes de Hitler, reinaba la confianza: no se creía que la humanidad*

*podiera morir... En cierto modo, la muerte tenía dos pesos y dos medidas distintas. Destruía despiadadamente las existencias singulares...; pero la muerte perdonaba a la humanidad:..”* (Finkelkraut, Alain, 1990, pp. 56-57)

El siglo XX, como ha dicho el historiador Eric Hobsbawm, es el siglo de las catástrofes, de la gran guerra mundial que ocupó gran parte de la mitad del siglo y de una nueva forma de Estado: el totalitario. La gran catástrofe deviene de una situación muy particular, y es que en una era de desarrollo científico, técnico y tecnológico, las posibilidades de control artificial de la naturaleza, incluyendo a la humanidad, hacían previsible el surgimiento de una ideología que se dijera hija de la razón, por tanto, de la verdad y que echara mano de todos los recursos científicos y técnicos para implementar los postulados que harían del mundo un “mundo mejor”. *“Catástrofe del cuento de hadas: la peor violencia no nace del antagonismo entre los hombres, sino de la certeza de librarlos de éste para siempre.”* (Finkelkraut, p. 109). El que sustentaba una ideología lo hacía con una convicción nueva, radiante e inapelable: la convicción científica.

Todo era posible porque era hecho por hombres modernos, avanzados, tecnológicos. Por mortíferas que fueran las armas, por más letales que fueran las cámaras de gases y por macabros que fueran los resultados, los hombres habían dejado de ser “bárbaros”. El asesinato y el crimen no son actos de barbarie, son actos tecnológicos, donde inclusive se puede acabar con la muerte misma, se pueden borrar los rastros y negar, así, la muerte y por tanto la propia existencia. El acto criminal dejaba su huella de sangre, ahora las huellas han desaparecido, y tras esta cortina de humo, alimentada con seres humanos, el hombre seguía siendo civilizado.

Sin embargo, para algunos historiadores como Nolte, el genocidio y el exterminio son inherentes a la guerra y señala que *“Ya durante la antigüedad clásica muchas guerras entre ciudades o tribus terminaban con la muerte de todos los hombres vencidos, mientras que las mujeres y los niños eran vendidos como esclavos o llevados a otro lugar. Las epopeyas de Homero dan por sentado sin falta este carácter de la guerra como genocidio”* (Nolte, Ernst, 1971, p. 447). El contrapunto a lo anterior es lo que señala el filósofo alemán de la escuela de Frankfurt, Jürgen Habermas, quien entiende que no hay justificación para la barbarie, señalando con un gran dolor personal y también histórico que *“En Dinamarca sólo un 1% de los judíos cayó en manos nazis, sin embargo pueden estar orgullosos porque la población se movió por ellos, mientras en Alemania millones de judíos eran ignorados por la población. Unos son los herederos de las víctimas y de los que prestaron ayuda o resistieron, los alemanes en cambio son los herederos de los autores y de los que nada hicieron por evitar la tragedia”* (Habermas, Jürgen, 1989, p. 87). O lo que señala Hobsbawm refiriéndose a que el holocausto no tiene ninguna justificación y menos que Hitler haya tomado esta práctica del gobierno bolchevique. *“... los apologetas del fascismo tienen razón, probablemente, cuando sostienen que Lenin engendró a Mussolini y a Hitler. Sin embargo, no tienen legitimidad alguna para disculpar la barbarie fascista, como lo hicieron algunos historiadores alemanes en los años ochenta (Nolte, 1987), afirmando que se inspiraba en las barbaridades cometidas previamente por la revolución rusa y que las imitaba”.* (Hobsbawm, Eric, 1995, p. 131)

Cada vez va quedando más claro que el nacionalsocialismo, al inaugurar una nueva forma de administrar el poder, se aleja de la construcción de una nueva sociedad; se despeja la visión y aparece el carácter contrarrevolucionario, conservador y antimoderno. *“Hitler se*

*apresuró a eliminar a quienes, a diferencia de él mismo, se tomaban en serio el componente 'socialista' que contenía el nombre del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores. La utopía del retorno a una especie de Edad Media poblada por propietarios campesinos hereditarios,... y muchachas de rubias trenzas, no era un programa que pudiera realizarse en un gran Estado del siglo XX (a no ser en las pesadillas que constituían los planes de Himmler para conseguir un pueblo racialmente purificado) y menos aún en regímenes que, como el fascismo italiano y alemán, estaban interesados en la modernización y en el progreso tecnológico". (Hobsbawm, p. 135)*

Por una insistente fijación (real o ficticia) en ciertos aspectos de la tradición, es que se explica, en parte, el insistente recurso de la importancia de la sangre estipulado en la legislación que convertía a los judíos en verdaderos súbditos y que les prohibían las relaciones formales o informales con alemanes. Esto quedó institucionalizado en las Leyes de Nüremberg del 15 de septiembre de 1935.

La estructura del Estado se conformó mediante la correlación de las fuerzas amenazadas y que temían perder sus privilegios. Se amalgaman las fuerzas más conservadoras del Ejército prusiano, los nacionalistas de viejo cuño y los industriales bajo la dirección de Krupp y Thyssen, donde los poderes reales de la economía se imponían fácilmente a la ideología del partido que nunca desarrolló una teoría económica con una estructura teórica clara. Las iglesias, tanto católica como protestante, entran en una relación de concordato, donde también sacan partido de la protección conservadora del régimen. Es más, Hitler fue visto, por algunos sectores religiosos, como el segundo Lutero con una segunda Reforma, donde, nuevamente, se revitalizaba el cristianismo alemán y se le dotaba de un renovado carácter nacional. No obstante, tal suposición distaba mucho de la realidad y, como era lógico, lo que realmente ocurría es que pequeños grupos de católicos y protestantes preocupados más de la interacción política y del expansionismo germano que de la religión se sumaron a movimientos de tipo sectario que, al parecer, daban cabida a individuos deformados en su relación con Dios. Se acercaron "... al Movimiento Religioso Alemán anticristiano, en el que eran de uso común giros como 'la venenosa mala hierba del cristianismo judeomarxista asiático'". (Nolte, Ernst, 1994, p. 221)

Tampoco podían ser partidarios de Hitler quienes se decían verdaderamente cristianos, pues no podrían haber aceptado la creación, en 1933, de la Iglesia Nacional del Reich, que, entre otros puntos, señalaba: "*Punto 13.- La Iglesia Nacional pide el fin inmediato de la publicación y propagación de la Biblia en Alemania... Punto 14.- La Iglesia Nacional declara que para ella, y por tanto para la nación alemana, se ha decidido que el Mein Kampf del Führer es el más importante de todos los documentos... Punto 18.- La Iglesia Nacional limpiará los altares de todos los crucifijos, Biblias y cuadros de santos... Punto 19.- En el altar no debe haber más que un Mein Kampf, el libro más sagrado para la nación alemana y, por tanto, para Dios y, a la izquierda del altar, una espada*". (Aguirre, José Fernando, p. 56)

Lo que Hitler ayudaba a construir eran evidentes deformaciones y alteraciones fanáticas de la realidad, ya sean políticas, sociales, artísticas o religiosas. Por eso, aún es difícil comprender los relatos que hablan de una Alemania absolutamente alineada con el Führer, dando muestras de la unanimidad característica que alimenta al totalitarismo y lo reforzaba para seguir avanzando en la senda de la "verdad": "*De esta manera, Hitler volvió a imponerse y obtuvo un auténtico triunfo el 28 de marzo (1936) en las elecciones parlamentarias anunciadas a corto plazo, porque, con una participación electoral de más de 99%, 98.8% de*

*las personas con derecho a votar optaron por el Partido Nacionalsocialista*" (Nolte, Ernst, 1994, p. 226). Es difícil no pensar en fraude electoral por esa compulsión por la unanimidad. O cuando Goebbels, en un artículo publicado en 1936, refiriéndose al asesinato del secretario de la embajada alemana en Francia, Ernst von Rath, llegó a la siguiente conclusión: *"El judío Grünsplan representaba al judaísmo. El alemán von Rath representaba al pueblo alemán. Por lo tanto, en París el judaísmo le disparó al pueblo alemán"*. (Nolte, p. 268)

Lo que siempre queda en evidencia es la incapacidad de formar juicios medianamente objetivos y menos ideologizados, pasando siempre la barrera de la racionalidad discursiva. Lo anterior tal vez tiene que ver con el cultivo del irracionalismo y el desprecio hacia la tradición ilustrada y la representación humana en lo que es el intelectual. Como lo señala claramente Hitler al decir: *"Cuando veo a nuestros intelectuales pienso que es una lástima que los necesitemos; de otro modo sería posible algún día, no sé, exterminarlos o algo así"*. (Nolte, p. 270)

No hay jamás disyuntiva ni posibilidad de forjar una historia a partir de principios modernos de convivencia y se opta siempre por la exclusión y luego por la eliminación como etapa concluyente, y para eso se necesita constantemente repetir y reafirmar la existencia de un enemigo perverso, que es enemigo de toda la humanidad y que, por tanto, eliminándolo no sólo se salva Alemania sino también el mundo. La misión que Hitler tiene pretende ser universal como la que se adjudicaba al marxismo, con la diferencia que este último se apoyaba en la tendencia progresista de la historia moderna y el primero se alejaba de dichos principios. *"Al defenderme contra el judío, estoy luchando por la obra del Señor"*. ("Adolf Hitler", Nolte, p. 143)

Podríamos afirmar que el totalitarismo nazi no fue capaz de construir una sociedad distinta, nueva, por el contrario, ayudó a mantener la división social tradicional y conservadora y entusiasmó a una parte importante de la población cuando el crecimiento económico y el desarrollo industrial mejoraba las condiciones de vida y lograba superar la crisis económica europea más rápido que otros Estados. *"..., el nazismo, más que un régimen radicalmente nuevo y diferente, era el viejo régimen renovado y revitalizado..., era una economía capitalista no liberal que consiguió una sorprendente dinamización del sistema industrial... Era mucho más claramente un régimen que defendía los intereses de las viejas clases dirigentes, pues había surgido como una defensa frente a la agitación revolucionaria posterior a 1918 más que, como aparecía en Alemania, como una reacción a los traumas de la Gran Depresión y a la incapacidad de los gobiernos de Weimar para afrontarlos"*. (Nolte, p. 270)

Además se agregaba el expansionismo que, poco a poco, triunfaba con la idea de germanizar Europa. Una Alemania rebosante, vigorosa y victoriosa atraía a un sector considerable que quería estar del lado de los vencedores. Lo más probable era que cierto avance alemán despertara el orgullo y el nacionalismo inherente a los Estados modernos y que devolvía a Alemania el poder y la hegemonía que había perdido al término de la primera guerra. Otros le sumaban el rol crucial en la detención y destrucción de la amenaza asiática bolchevique, erigiendo a Alemania como la nación destinada a salvar la civilización occidental aliada con las potencias antibolcheviques que se verían obligadas a dejar de lado su postura antifascista.

Así, la Alemania humillada por las potencias aliadas en 1919 pasaba ahora a ser la vanguardia de Europa apoyada por sus antiguas enemigas en la guerra más decisiva y que superaba en importancia a la guerra anterior.

Si bien se puede estar en desacuerdo con la importancia que tuvo Alemania –en este período y el grado de resistencia que provocaba la formación del primer Estado totalitario ideológico y de partido único que se había formado en Rusia con un sistema federativo extremadamente particular– en Europa y Estados Unidos, la posición internacional alemana y sus relaciones de poder con el mundo es lo único claro y estructurado que hay. Dentro de Alemania la ideología nazi no fue capaz de articular relaciones sociales y de fuerzas creativas capaces de proponer una nueva estructura social y política, y menos un nuevo tipo de hombre. Cada vez que se habla del nuevo alemán, de la nueva Alemania, se interpone el principio destructor eliminacionista, que no sólo apuntaba a la eliminación de los considerados racialmente intrusos, sino que también de los deformadores genéticos de la raza. Todo se consume en un ideal biológico y racista que pretende depurar la raza superior e inaugurar una nueva forma de trato hacia los enfermos y los inválidos. Hay ausencia de proyecto histórico, pues, por mucho que se hable de ello, todo queda dentro del ámbito horroroso de medidas sanitarias, del totalitarismo de la medicina.

Tal era la ausencia de proyecto histórico, que hasta las acciones militares contemplaban dentro de sus posibilidades y objetivos la colaboración con la compulsión eliminacionista, que distraía recursos, complicaba la estrategia de guerra y atentaba incluso contra los éxitos militares. Allí aparece algo nunca visto y distintivo en la política estatal y muestra que la segunda guerra europea del siglo XX no era una guerra tradicional. Por ejemplo, el mismo día en que Hitler ordena la invasión a Polonia, por lo tanto desde el inicio de la guerra, deja en claro que no le basta la conquista y el dominio territorial ni el mentado espacio vital. *“Hitler mandó poner fecha de 1 de septiembre a un decreto que encomendaba a los líderes nacionales del Partido Nacionalsocialista, el doctor Brandt y Bouhler, ‘...ampliar de tal manera las facultades de los médicos por nombrarse, que les sea posible otorgar la eutanasia a los enfermos incurables según todas las reglas de la ciencia, tras haber realizado con máximo sentido crítico una evaluación de su estado de salud’ ”.* (Nolte, Ernst, 1994, p. 286)

En el nacionalsocialismo está ausente la posibilidad de formar redes sociales y estructuras de participación popular, pues se parte de la base de que las personas no tienen derechos, ni siquiera los alemanes. Entonces, cuando el poder teje sus redes desde una concepción biológica y no política, el proyecto de sociedad queda desplazado por el de raza y con esa ideología es muy difícil poder construir una historia. La única alternativa que puede salvar al nacionalsocialismo es su vinculación con el proyecto que toma prestado del conservadurismo social tradicional, por ende, en este sentido este Estado totalitario no representaría cambio social alguno, porque carece de una filosofía de la historia nueva. De ahí se explica también la desviación que se provoca al abordar el nazismo en lo referente a este tema y generalmente se termina hablando del holocausto. Esto, porque resulta muy difícil encontrar aspectos nuevos en cuanto estructura política y lo único nuevo y propiamente ideológico es la perspectiva racista.

Cuando Himmler se hace cargo en 1929 de la dirección de la SS subraya inmediatamente ideas de raza: *“La meta era construir una comunidad de ‘sana estirpe germana’, la cual debía fundarse en la llamada ‘orden de casamiento’: había que eliminar la arbitrariedad subjetiva y erigir en objeto de planificación deliberada, en primer lugar, no la economía, como lo hacían los socialistas marxistas, sino la reproducción, puesto que de otro modo no sería posible borrar los daños y las perversidades de la civilización ...”.* (Nolte, p. 330)

Por decirlo de algún modo sencillo, el totalitarismo nazi era mucho más un sistema de control que de cambio. Y aunque hubiese una serie de asociaciones representativas supuestamente de la sociedad, iban en la dirección contraria al pluralismo social, representando precisamente el control expresado en la duplicación de las organizaciones. Por tanto, Nolte se equivoca rotundamente al señalar que la “... *Federación de médicos y las asociaciones de juristas alemanes nacionalsocialistas, maestros y empleados públicos alemanes del Reich*”, sea manifestación de “... *la subsistencia del pluralismo social*”. (Nolte, p. 318)

Donde se aprecian algunos indicios de proyecto social es en la creación de distintos grupos y organizaciones de jóvenes que se relacionaba con la idea de que el nazismo era joven en contraposición a la caduca sociedad liberal moderna. Así, en 1929 nace la Liga de Escolares Nacionalsocialistas, en 1930, la Liga de Muchachas Alemanas. En 1926 se había formado una rama del partido bautizada como Juventud Hitleriana, instituyéndose durante el gobierno de Hitler el Día Nacional Juvenil de la Juventud Hitleriana, el 1 y 2 de octubre. También durante un tiempo se celebraba los días sábado el Día Estatal de la Juventud, reservado sólo para la Juventud Hitleriana, que tenía bajo su responsabilidad la “... *educación física, intelectual y moral recibida por los jóvenes fuera de la escuela y de la casa paterna*” (Nolte, p. 341). Esto último no es menor, pues para el nazismo era básico no entrometerse directamente en el rol educativo familiar para no derrumbar mínimas confianzas con el pueblo. Pero tampoco le interesaba en demasía hacer una labor ideológica más allá de posicionarse como ideología vanguardista y renovadora. Se conformaba con que el núcleo familiar no estuviese contaminado por el “bacilo de la judería”. Le interesaba en demasía aparecer como movimiento de la juventud de la humanidad, como representante de la nueva historia, de la nueva vida, pero le importa más la escenificación que la profundización del concepto. Mostrarse joven no necesariamente tenía que ver con la inauguración de una sociedad nueva, por el contrario, esta sociedad seguía siendo tradicional. Conceptos antiguos volvían a repetirse en un contexto nuevo, los jóvenes volvían a encarnar principios viejos y una vez más, no había nada nuevo de fondo.

Qué de nuevo podía haber en una de las divisiones de la Juventud Hitleriana, Pueblo Joven Alemán, donde cada uno de los integrantes portaba un cuchillo de excursionista grabado con la consigna “sangre y honor”. Qué de nuevo podía haber en que la Liga de Muchachas Alemanas, mujeres de hasta 21 años, cuando se les decía que debían ser el paradigma de la “madre alemana”, la tradicional madre alemana.

Más que una nueva juventud, lo que Hitler quería era una juventud dispuesta al sacrificio, a la guerra, que sirviera a los principios expansionistas y que no fuera capaz de pensar por sí misma, promoviendo en la educación principios contrarios al intelectualismo, que él consideraba producto de la descomposición judía. A diferencia de él, Lenin se mostró “*incomparablemente más moderno al tratar de inculcar con insistencia al Komsomol, “aprender, aprender, aprender”*” (Nolte, Ernst, 1994, p. 344). La antítesis aparece en lo dicho por Alfred Baeumler, acerca de que el nacionalsocialismo significaba respecto al ámbito intelectual, “*la sustitución del erudito por el soldado*” (Nolte, p. 371). En la misma línea se encontraba Alfred Rosenberg, ideólogo nazi, cuando fundó la Liga para la Defensa de la Cultura Alemana, la cual inició una campaña contra la decadencia cultural y a favor del renacimiento espiritual de los alemanes.

Se sigue apreciando, más que la idea revolucionaria, la reformista, que queda una vez más en evidencia cuando en 1933 se dictó la Ley de la Cámara Nacional de la Cultura, que

ponía al Estado como promotor de las expresiones creativas que vinculasen la Alemania actual con el germanismo clásico.

Tampoco en la idea racista extrema, que era privativa de la ideología nazi, hay absoluta claridad. Es como si hasta el paradigma ideológico se diluyera en discursos místicos carentes de sentido concreto. Si se dice que Hitler implementó el genocidio como parte de un proyecto ideológico y de su total concentración egocéntrica en la raza alemana y que aunque sea terrible quedó demostrada su filosofía de la historia, lo anterior queda desvirtuado, pues la idea racista de superioridad alemana quedó relegada a un segundo plano al ser reemplazada por la de superioridad de la raza aria. Es más, la élite armada del partido, las SS, receptáculo de lo más selecto de la sangre germana, fue paulatinamente permeada por elementos raciales tártaros y de la etnia turkestaniana. Esta rama de policía política estaba directamente sometida a las cimas nacionalsocialistas y al jefe supremo. Encarnaba directamente la voluntad del jefe –*Führerprinzip*– y poseía así la primacía de intervención, y la jerarquía, sobre todas las ramas del aparato de Estado. Esta intervención tenía por objeto, según la expresión de Himmler, “*la formación total y constante de todos los miembros de la nación y asegurar por consiguiente la posibilidad de un control constante de la situación de cada individuo. Se rompía entonces con el concepto ‘ario’, de la raza, por lo que lo de la concentración egocéntrica de la raza alemana habrá permanecido sólo en Hitler pero no en Himmler, o permaneció en la escenificación discursiva de Hitler y no en su práctica y a la vez se contraponía con lo que el propio Himmler había señalado en uno de sus discursos en plena práctica de la operación Barbarroja, en 1941, donde señalaba que en Europa del Este debían desaparecer 30 millones de personas*”. (cfr., Nolte, pp. 447-465)

Y es el mismo Hitler el encargado de derribar el mito que ayudó a construir de la superioridad del germanismo en Europa, cuando refiriéndose a la posible derrota en el Este asiático señaló: “*Si la guerra se pierde, también el pueblo estará perdido... Porque este pueblo ha demostrado ser el más débil, y el futuro pertenece exclusivamente al pueblo oriental más fuerte*”. (Nolte, p. 479)

Con razón para Hitler la intelectualización era la expresión de la decadencia del mundo, pues en verdad, al parecer nunca entendió el lenguaje de una filosofía medianamente clara y coherente. Lo inentendible, lo inefable, debía ser destruido por la descalificación y no asumido como tarea de acercamiento interpretativo. De allí también la personificación del mal en el judío, pues este significaba más que una raza, más que una religión, una historia. “*Lo que Hitler en realidad quería decir con la palabra ‘judío’ no era otra cosa que la idea denominada ‘progreso’, con implicaciones positivas, por casi todos los pensadores del siglo XIX, ese complejo de creciente dominio de la naturaleza y alienación de ella, industrialización y libertad de acción, emancipación e individualismo ...*” (Nolte, p. 462)

Judío, ario, germano, raza superior, fueron conceptos que significaban, en mucho, las bases de la ideología nacionalsocialista de segunda generación, es decir del nacionalsocialismo hitleriano depurado del componente más cercano a la realidad obrera socialista que en un principio esbozó como matiz, pero que en realidad quedaban vacíos de contenido y asumían el rango de “perorata incendiaria”, mero discurso carente de perspectiva histórica real, cosmética superficial de profundidad filosófica, arenga conservadora y medieval disfrazada de ciencia de la selección natural y predominio del más fuerte. En fin, retroceso disfrazado de avance, reacción y retroceso disfrazado de progreso. “*La ideología nacionalsocialista explotaba*

*igualmente la corriente espontaneísta; sobre todo para atacar a las organizaciones obreras, pero también a fin de ganar para el nacionalsocialismo fracciones de la clase obrera... se presentaba, en el plano de organización, como un antipartido". (Poulantzas, Nicos, 1971, pp. 203-204)*

El retroceso y la visión conservadora del nazismo quedan aún más claros cuando señalaba que el liberalismo en todas sus formas destruía a la sociedad; en aspectos cotidianos decía que la mujer debía permanecer en el hogar y dar a luz muchos hijos; desconfiaba de la insidiosa influencia de la cultura moderna y, especialmente, del arte de vanguardia, a la que tildaba de "bolchevismo cultural" y de degenerado.

Pero en el nazismo aparece una nueva contradicción y es que el pasado al que apelaba, en gran medida era un artificio, modificándose a la luz de la conveniencia actual tradiciones e historias que perdían su autenticidad y se convertían en burdos relatos. *"Sus tradiciones eran inventadas. El propio racismo de Hitler no era ese sentimiento de orgullo por una ascendencia común, pura y no interrumpida... Era, más bien, una elucubración postdarwiniana formulada a finales del siglo XIX, que reclamaba el apoyo de la nueva ciencia de la genética... que soñaba con crear una superraza humana mediante la reproducción selectiva y la eliminación de los menos aptos. La raza destinada a dominar el mundo con Hitler ni siquiera tuvo un nombre hasta 1898, cuando un antropólogo acuñó el término nórdico".*

Cómo era posible que una ideología que aborrecía el sustento filosófico fuese abrazada por intelectuales como Heidegger. Algunos, como él, vieron en el nazismo la realización histórica de un principio metafísico, donde el pueblo alemán era el pueblo metafísico, que como heredero del pueblo griego no podía sustraerse del mito de país del centro, donde su posición geográfica equivalía también a supremacía cultural. Para Heidegger el nazismo era la superación historizante de la filosofía del sujeto, por tanto, representaba la construcción de un nuevo hombre, la realidad histórica de la concepción heroica del mundo. Pero cayó presa del clásico idealismo alemán y no logró comprender que el nazismo no sería capaz de crear un nuevo mundo porque partía construyéndose de mitos, desconectados de la realidad y de la filosofía tradicional y moderna de la historia.

Cabe señalar que Heidegger, más que afirmar la ideología nazi, es ejemplo del poder que ejerce sobre las personas una ideología voluntarista e irracional que apela a comprensiones más sentimentales que intelectuales. Y aunque haya dado una sorprendentemente visceral y antimoderna explicación a su período militante –*"sólo quien piensa en grande puede equivocarse en grande"*–, como dice Habermas, no se lo debe despreciar por su opción ideológica, pues está sometido al juicio del historiador como cualquier otro. (Habermas, Jürgen, 1989)

Lo de Heidegger muestra un aspecto medular del nazismo: su postulado de que el instinto y la voluntad estaban por sobre algo tan insuficiente como la razón y el racionalismo. El peso de Heidegger no es el del intelectual tradicional sino el del intelectual seducido y destruido como tal por el irracionalismo. Jamás podría haber sido considerado como la racionalidad dentro del sistema pues en él no tenían cabida. Por eso es que *"Mussolini podía haber prescindido perfectamente de su filósofo Giovanni Gentile y Hitler probablemente ignoraba –y no le habría importado saberlo– que contaba con el apoyo del filósofo Heidegger"*. (Hobsbawm, Eric, 1995, p. 124)

A esta terrible irracionalidad, Habermas no puede dar una explicación suficiente, sobre todo cuando se trata de Auschwitz y sólo atina a decir: *“Quizá sepan ustedes de ese curioso sentimiento arcaico de vergüenza que se produce ante una catástrofe a la que por casualidad y sin ningún mérito propio hemos sobrevivido”*. (Habermas, 1989, p. 87)

Debemos preguntarnos si acaso el gran triunfo del nazismo y que lo acercaría en cierto aspecto a la definición de ideología revolucionaria, no habrá sido el hacer de los hombres seres apacibles que seguían su vida cotidiana sin la perturbación que les debería haber producido la gigantesca matanza, la cual se daba en un aparente clima de normalidad social.

Es lo que encontramos en las confesiones de Albert Speer, el arquitecto alemán que perteneció al círculo más íntimo de Hitler y quien construyó una serie de obras públicas y fortificaciones en los comienzos del gobierno nazi. Ocupó el cargo de ministro de Armamento y Municiones en los últimos años del gobierno. Fue juzgado y sentenciado por el Tribunal de Núremberg y condenado a veinte años de prisión en la cárcel de Spandau. Salió en libertad en 1966 y publicó sus memorias que escribió en su reclusión. En ellas cuenta entre otras cosas que cuando escuchó por primera vez a Hitler, en 1931, le pareció que se habría una esperanza, un nuevo ideal, una nueva comprensión de las cosas, nuevas misiones.

En cuanto al tema del genocidio señalaba que si lo sabía o no lo sabía, y cuánto sabía, se convierte en una cuestión del todo irrelevante al lado de la cantidad de cosas horribles que debería haber sabido y en las consecuencias que se derivaban con toda claridad de lo poco que sí sabía. Sabía que quienes lo interrogaban esperaban una justificación. En algún momento *reconoció su impacto al observar una fotografía de una familia judía caminando hacia la muerte. “La condena terminó con mi existencia burguesa. Aquella fotografía, en cambio, despojó mi vida de toda sustancia. Sobrevivió a la sentencia”*. (Habermas, Jürgen, 1989, p. 87)

Por eso es que nuevamente se podría señalar que el nazismo construyó una realidad que apelando a principios nacionalistas exacerbados distorsionaba y potenciaba el sentimentalismo romántico y conservador de unos, y desarrollaba la idea de pertenencia a una cultura creadora y al pueblo más heroico de la tierra, en otros. Si a ello se sumaba un estado de movilización total, era relativamente fácil caer en las redes de una realidad ficticia y en la dinámica de masas conducidas por caminos alejados de la modernidad. Sólo así se puede entender lo que ocurrió, donde una nación era movilizaba por un Estado totalitario conllevando la inmovilidad de los individuos. Y por un período, *“El fascismo triunfó sobre el liberalismo al proporcionar la prueba de que los hombres pueden, sin dificultad, conjugar unas creencias absurdas sobre el mundo con un dominio eficaz de la alta tecnología contemporánea”*. (Hobsbawm, Eric, 1995, p. 125)

---

**BIBLIOGRAFÍA**

- Aguirre, J.** (1964): *La Segunda Guerra Mundial*, tomo I. Barcelona, Argos.
- Arendt, H.** (1982): *Los orígenes del totalitarismo*, vol. 3, *Totalitarismo*. Madrid, Alianza.
- Barbu, Z.** (1962): *Psicología de la democracia y de la dictadura*. Buenos Aires, Paidós.
- Finkielkraut, A.** (1990): *La memoria vana. Del crimen contra la humanidad*. Anagrama.
- Habermas, J.** (1989): *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires, Taurus.
- Habermas, J.** (1989): *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid, Tecnos.
- Hobsbawm, E.** (1995): *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona, Grijalbo-Mondadori.
- Jaspers, K.** (1963): *Psicopatología general*. Buenos Aires, Beta.
- Nolte, E.** (1971): *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*. Barcelona, Península.
- Nolte, E.** (1994): *La guerra civil europea, 1917-1945*. Ciudad de México, FCE.
- Poulantzas, N.** (1971): *Fascismo y dictadura*. Madrid, Siglo XXI.
- Touraine, A.** (1992): *Crítica de la modernidad*. Ciudad de México, FCE.